

## Breviario de gramática tensiva<sup>1</sup>

Claude Zilberberg

*El estudio presenta tres características susceptibles de desconcertar al lector. En primer lugar, no se limita a hacer participar a la afectividad en la producción del sentido, sino que, en nombre del principio de inmanencia, le asigna un papel rector. En segundo, y de acuerdo con el primado de la afectividad, propone situar la semiótica de las oposiciones bajo una semiótica de los intervalos, ya que las vivencias son en principio, y tal vez únicamente, medidas. Los dos puntos anteriores presuponen el carácter central del suceso y la fascinación del discurso por la dimensión concesiva de éste. De aceptarse, estas premisas debieran conducir a desligar la semiótica del relato y a acercarla a la retórica tropológica.*

*The present study presents three characteristics that are liable to upset the reader. In the first place the study does not limit itself to making affectivity participate in the production of meaning, but rather in the name of the principle of immanence, it assigns a leading role. In the second, according to the prelate of affectivity, it proposes to situate the semiotics of oppositions, under the semiotics of intervals, since that experiences are, in principle, and perhaps solely, means. The two abovementioned points presuppose the central character of the event and the fascination of the discourse with the concessive dimension of the event. Upon accepting these premises they should lead to a separation of semiotics from narration and bring it closer to tropological rhetoric.*

*El sujeto que percibe deja de ser un sujeto pensante “acósmico” y falta explorar la acción, el sentimiento, la voluntad como modos originales de plantear un objeto, en la medida en que “un objeto es considerado atrayente o repulsivo antes de ser negro o azul, circular o cuadrado”.*

Merleau-Ponty citando a Koffka

La longitud de un discurso teórico depende de diversas variables:

---

<sup>1</sup> La versión original del artículo apareció publicada en francés en la revista *Tangences*. Quebec, núm. 70, otoño 2002, pp. 111-143.

de la necesidad de presentar magnitudes metalingüísticas que permitan explicitar el contenido y la extensión de los términos utilizados —al pasar de la denominación a la definición es preciso tomar en cuenta el contenido de los términos y la presunta competencia de los destinatarios—. En lo que se refiere al contenido, desde un punto de vista fiduciario, la novedad —es decir, lo que es legible en el presente— exige desarrollar una argumentación que anticipe las objeciones posibles y las refute; a su vez, los ejemplos ilustrativos contribuyen a alargar aún más el texto. A cada instante, el discurso se ve confrontado al dilema: ¿extenderse o reducirse? Todo discurso vive acosado por el fantasma de su propia negatividad: acosado por la actualización de lo que se hubiera podido o debido añadir, así como por la virtualización de lo que se hubiera podido o debido cortar. La elasticidad del discurso en su plano de expresión y la arbitrariedad en el plano de su contenido nos recuerdan que lo realizado está lejos de anular lo realizable. En muchos casos, el alcance de estos datos internos se ve neutralizado por convenciones y circunstancias diversas: el destinador-comanditario fija una extensión a respetar “en lo posible”. Así, nos hizo la invitación L. Hébert y me vi conminado a precisar, en una veintena de páginas, los conceptos rectores de la semiótica tensiva<sup>2</sup>.

#### DECLARACIÓN DE LOS POSTULADOS

Al haber perdido su inocencia y su carácter de oráculo, el discurso teórico se ve obligado a mostrar la lista de ingredientes necesarios para alcanzar el valor buscado. El primero en ser mencionado es el apego a la estructura, más que al estructuralismo, sobre todo a la luz de lo sucedido en los últimos decenios, en que el término pasó a ser conjugado en plural: los estructuralismos. Desde nuestro punto de vista, la definición dada por L. Hjelmslev en 1948 permanece intacta: “entidad autónoma de dependencias internas”. Esta definición, que concuerda con la definición de la definición dada en los *Prolegómenos*, conjuga una *singularidad*, “entidad autónoma”, y

---

<sup>2</sup> En este texto limitaremos al máximo las referencias, en la medida en que una gramática debe privilegiar la claridad y el rigor de las reglas que expone.

una *pluralidad*, “dependencias internas”. En el plano del contenido, esta conjugación remite a una complementariedad provechosa: (i) si la singularidad no se viera acompañada de la pluralidad, sería impensable por ser inanalizable; (ii) si la pluralidad no fuera susceptible de ser resumida y condensada en y por la singularidad nombrable se quedaría al margen del discurso, como le sucede a la interjección. En segundo lugar, esta definición rebasa el adagio estructuralista que reza: *la relación prima sobre los términos*; la economía del sentido capta únicamente las relaciones entre relaciones, ya que “[los] objetos del realismo ingenuo se reducen a puntos de intersección entre esos haces de relaciones” (Hjelmslev); el plano de la expresión acoge a los términos con esta consideración.

El segundo postulado se refiere al lugar que se le reconoce a lo continuo. No se trata de volver a abrir una querrela sin objeto: la “mansión del sentido” es suficientemente amplia como para acoger tanto a lo continuo como a lo discontinuo. Lo más razonable sería tomarlos como “variedades” circunstanciales y ocasionales. Pero, desde nuestro punto de vista, es necesario considerar pertinente la direccionalidad—es decir, la reciprocidad, tanto paradigmática como sintagmática— del *incremento* y la *disminución*. Son varias las consideraciones que abogan en favor de este privilegio. En primer lugar, y sin hacer una religión del isomorfismo entre ambos planos, consideramos que en el plano de la expresión el acento ocupa un lugar tal donde difícilmente aceptaríamos que no jugara ningún papel en el plano del contenido. Nos adherimos a Cassirer cuando habla del “acento del sentido”. En segundo lugar, en desacuerdo con su elección inicial, la semiótica se ha visto obligada a conceder un lugar insigne al aspecto, más allá de su aplicación a los procesos: hablando figuradamente, el aspecto es el análisis del *devenir ascendente o decadente de una intensidad*, que ofrece al observador atento *más* y *menos*. Este postulado reconoce su deuda con G. Deleuze, quien a su vez se reconoce deudor de Kant. En *Francis Bacon, lógica de la sensación*, Deleuze rebasa la dualidad de lo paradigmático y de lo sintagmático: “La mayoría de los autores que han enfrentado este problema de la intensidad de las sensaciones parece haber encontrado la misma respuesta: la diferencia en la

intensidad se experimenta en la caída<sup>3</sup>.” Deleuze nos remite a un pasaje difícil de la *Crítica de la razón pura*, intitulado *Anticipaciones de la percepción*, en el que Kant plantea a la sensación como una “magnitud intensiva”: “Así, pues, toda sensación, y por tanto toda realidad en el fenómeno, por pequeña que sea, tiene un grado, es decir, una magnitud intensiva, que siempre puede disminuir; y entre realidad y negación hay una continua conexión de realidades posibles y de posibles percepciones más pequeñas<sup>4</sup>.”

El texto enlaza entre ellas dos categorías de capital importancia: (i) la *dirección*, en este caso decadente, lo que significa que la estesia se dirige inexorablemente hacia la anestesia, que Kant llama “la negación = 0”; (ii) la *división* en grados y en partes de grado. Es posible considerar el concepto de *serie*, que también aparece en Brøndal, pero a partir de otros presupuestos, como un “sincretismo resoluble” entre esas dos categorías.

La presencia insoslayable de Kant conlleva un indudable riesgo de confusión. Desde la perspectiva del significante interfieren tres parejas de conceptos: el par [extenso *vs* intenso], ausente en los *Prolegómenos*, pero de primordial importancia para lograr una de las principales preocupaciones de Hjelmslev: la reconciliación entre la morfología y la sintaxis; (ii) el par [magnitud extensiva *vs* magnitud intensiva] requerido por Kant; (iii) el par [extensidad *vs* intensidad] que, desde la perspectiva tensiva, interviene como análisis de la tensividad (regresaremos a ello más adelante). Si se desligan los términos de sus definiciones, esta coincidencia terminológica conlleva malentendidos: (i) entre la perspectiva kantiana y el punto de vista tensivo la coincidencia es bienvenida pero fortuita; (ii) entre las categorías hjelmslevianas y las categorías tensivas interviene un quiasmo, ya que para Hjelmslev las categorías extensas son directrices, mientras que para el punto de vista tensivo, la intensi-

---

3 G. Deleuze. *Francis Bacon, logique de la sensation*. París: Éditions de la Différence, 1984, p. 54.

4 Manuel Kant. *Crítica de la razón pura*, traducción de Manuel G. Morente, edición digital basada en la edición de Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1928. Tomado el 9 de septiembre de 2002 de <http://cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/07925075488723712935635/p0000057.htm#PagInicio>.

dad, es decir, la afectividad, rige a la extensidad; (iii) finalmente, y salvo mejor parecer, Hjelmslev no menciona a Kant, aun cuando habla de intenso y extenso, de intensivo y extensivo, de intensional y extensional.

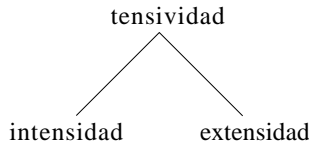
El tercer postulado no se sitúa en el mismo plano que los dos anteriores: ingresa en el campo de presencia mediante catálisis y no mediante conminación. ¿Cómo dar cuenta del devenir sin tomar en cuenta su velocidad, su *tempo*? El *tempo* es dueño de nuestros pensamientos y de nuestros afectos; controla despóticamente los incrementos y las disminuciones constitutivas de nuestras vivencias. Pero no está en duda la existencia del *tempo*, sino su autoridad: ¿cómo plantear los rudimentos de una *semiótica del suceso* sin postular el predominio del *tempo*? En el marco estrecho de este trabajo, esos tres datos retienen la atención por ser cruciales, por varias razones, para el sentido: la estructura lo formula, el devenir lo orienta y el *tempo* regula la duración del devenir.

## 2. DE LA TENSIVIDAD A LAS VALENCIAS

El estructuralismo privilegió las microestructuras y despreció un dato capital a nuestros ojos: la elasticidad del discurso, sea éste verbal o no verbal. Las relaciones estructurantes de dependencia deben ser conjugadas, lo que no es sencillo, con los grados desiguales de extensión o de campo; por tal motivo, será necesario distinguir entre estructuras extensas, la red, y las estructuras restringidas a una parte de la red.

### 2.1. ESTRUCTURAS EXTENSAS

Si las teorías progresan es como los cangrejos: avanzan con paso lento hacia sus premisas o, más precisamente, hacia la explicitación de sus premisas. La semiótica no opera de manera diferente: le ha tomado tiempo integrar la foria y la estesia que la mide como categorías rectoras de primer rango. De modo que, lejos de limitarse a aceptar, a regañadientes, la afectividad y de restringirla a la modesta función de complemento de modo, integramos la afectividad, bajo el nombre de intensidad, como la magnitud rectora que deriva de la escisión inaugural:



Esta bifurcación exige algunas precisiones: (i) la tensividad es el lugar imaginario en el que se reúnen la intensidad –es decir, los estados de ánimo, lo sensible– y la extensividad –los estados de cosas, lo inteligible–; (ii) esta junción indestructible define un espacio tensivo que recibe las magnitudes que ingresan en el campo de presencia: al entrar en este espacio, toda magnitud discursiva se ve calificada tanto por la intensidad, como por la extensividad; (iii) en consonancia con las enseñanzas de Hjelmslev, una desigualdad creadora liga la extensividad a la intensidad: los estados de cosas dependen de los estados de ánimo. Este dominio de lo inteligible por parte de lo sensible, subrayado en el epígrafe, se apoya en lo que Cassirer, en *La filosofía de las formas simbólicas*, llama el “fenómeno de expresión”. Las determinaciones intensivas y extensivas son aquí llamadas *valencias* –término usual en las ciencias humanas–; por su parte, el *valor* consiste en la asociación de una valencia intensiva con una extensiva –asociación cuyo tenor precisaremos adelante–.

El acento puesto en la intensidad y la extensividad se ve confrontado por su respectivo análisis: (i) la intensidad conjuga el *tempo* y la tonicidad; (ii) la extensividad, la temporalidad y la espacialidad. La intensidad no es ajena a la noción –indefectiblemente oscura– de *fuerza*, pero su *ser* es un *hacer*, y no es más que eso, y como hace *sentir* sus efectos, éstos se miden por su carácter súbito, “abrupto”, y por su energía; las cualidades, ilusorias como cualidades, subsumen cantidades efectivas. La extensividad se refiere a la extensión del campo que la intensidad controla, bajo el entendido de que la extensión de ese campo es, en primera instancia, temporal: el tiempo humano, el tiempo discursivo se encuentra siempre más allá del tiempo. Desde el punto de vista terminológico, la intensidad y la extensividad asumen el papel de *dimensiones* y el *tempo* y la tonicidad, por un lado, y la temporalidad y la espacialidad, por el otro, asumen el de *subdimensiones*.

El contenido de las relaciones propiamente semióticas ha sido ocultado tanto por la atención que Saussure y sus seguidores prestan al carácter distintivo de las unidades, como por su alejamiento de la retórica, la cual permite pensar que “lo” retórico sólo es una región de menor sentido. Es en este punto que las premisas adoptadas adquieren su eficacia, ilustradas sobre todo por el vuelco de la estructura hacia las vivencias ascendentes y decadentes. ¿Si la estructura es gramatical, cómo gramaticalizar las vivencias? Si para la lingüística la intensidad se encuentra “fuera”, “al lado” de las cosas, para nosotros se halla en su corazón mismo. Es posible obtener un incremento por dos vías: sea por la correlación conversa del tipo “más... más...”, sea por la correlación inversa del tipo “más... menos...” o “menos... más...”.

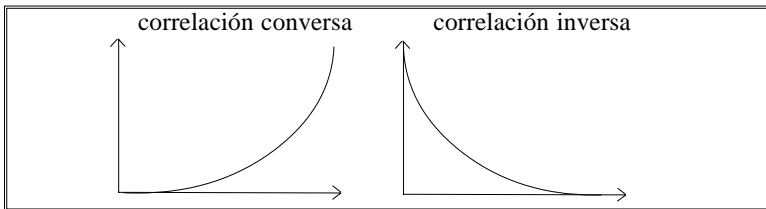
Cuando la estructura toma bajo su cargo estos “datos inmediatos”, surgen un cierto número de “teoremas” semióticos. (i) Si la intensidad, como dimensión, *rige* la extensidad, el control se mantiene debido a lo que Hjelmslev llama la “homogeneidad” entre dos subdimensiones pertenecientes a dimensiones distintas: el *tempo* rige la duración mediante una correlación inversa, así como la velocidad en los humanos abrevia la duración de su *hacer*: mientras *mayor* sea la velocidad, *menor* es la duración –el *ser* es un efecto de la lentitud extrema–. Por otra parte, la tonicidad rige la espacialidad: de acuerdo a Deleuze, más que la espacialidad se trata de la profundidad la que mantiene una correlación conversa con la tonicidad: mientras *mayor* sea la tonicidad, *mayor* será su campo de despliegue. (ii) Entre subdimensiones que pertenecen a una misma dimensión, la correlación es conversa y puede ser concebida –por analogía con el instante– como un *producto*. Si las llamadas ciencias humanas se complacen en repetir que *el todo es más que la suma de las partes*, no por ello indican el origen de ese suplemento, de ese imperceptible desbordamiento. Sin pretender ver en los símbolos más que una representación cómoda, plantearemos que:

$$[a + b] < [a \times b]$$

De ello se deducen las siguientes consecuencias para cada una de las dimensiones consideradas. (i) El producto del *tempo* y de la tonicidad tiene como resultado necesario el *destello* [forma inten-

siva del brillo, N. del T.], significado inapreciable de toda exclamación. Bastará con un único ejemplo: en el fragmento de los *Pensamientos*, relativo a la jerarquía de los “tres órdenes” y con referencia a Arquímedes, Pascal dice: “Sin su brillantez, Arquímedes sería igualmente venerado. No libró batallas visibles, sino que otorgó a todos los espíritus sus invenciones. ¡Cómo brilló a ojos de los espíritus!” La reciprocidad multiplicativa del *tempo* y de la tonicidad sirve de fundamento verosímil para los valores de destello, es decir, el superlativo. (ii) El producto de la mayor extensión temporal y de la mayor extensión espacial tiene como resultado necesario la universalidad, es decir, los llamados valores de universo. Las subdimensiones funcionan, cada una en su orden, como coeficientes.

El carácter impredecible del sentido, que lo plantea como algo por conocer, y la evenemencialidad resultante dependen de una pregunta “sin cesar renovada”: ¿Será preciso suponer una correlación conversa o inversa entre los valores de destello y los de universo? Si es una correlación conversa, ambos tipos de valor se acrecentarían unos a otros *y todo sería para bien, en el mejor de los mundos posibles...* En cambio, si impera una correlación inversa, los valores de destello se debilitarían al prorratearse en la extensión, en su difusión. El debate plantea, pues, una alternativa determinante: si las correlaciones conversas son garantía de los valores de una infinitud semiótica, las correlaciones inversas respetan un principio –enigmático– de constancia, al atribuir en su momento a cada magnitud una función de *divisor* –y no una de *multiplicador*, como sucede con las correlaciones conversas–, como si estuviera sometida a un principio de constancia tal que, si una magnitud se incrementa, su correlato decrece necesariamente.



Independientemente de las magnitudes semánticas así captadas o, más bien, sin distinguir unas de otras, esta bifurcación se postula



como un paradigma liminar porque invita a los sujetos a elegir entre el *y* de la correlación conversa y el *o* de la correlación inversa. Si para la perspectiva discursiva es importante “darse una idea” acerca de las magnitudes inscritas en el campo discursivo, para el punto de vista metadiscursivo es necesario saber si un discurso específico declara la compatibilidad o la incompatibilidad entre esas magnitudes, como si el ser mismo de las magnitudes dependiera únicamente de su intervalo. No se trata de sumergirnos en el supuesto fondo de las cosas, sino de responder a la pregunta insuperable de Saussure: ¿alternancia o coexistencia? *Todo lo demás es literatura*, como dice el poeta.

## 2.2. ESTRUCTURAS RESTRINGIDAS

Es preciso articular ahora, sobre una base formal común, las dos subdimensiones intensivas, el *tempo* y la tonicidad, al igual que las dos subdimensiones extensivas, la temporalidad y la espacialidad. Al no ser exclusiva de alguna de estas subdimensiones, la base formal evita privilegiar alguna de ellas. Las variaciones y las vicisitudes de todo tipo que afectan al sentido provienen de su inmersión en lo “moviente” (Bergson), en lo inestable e impredecible, en la *foria*, para decirlo con una sola palabra. Los sempiternos lugares comunes y los géneros convertidos en rituales contienen, a veces detienen, esa efervescencia. Proponemos llamar *foremas* a esas magnitudes y encargarlas de mostrar sin falsear —es decir, sin inmovilizar— la *foria*, que evalúa desde cierto *punto de vista* cada una de las cuatro dimensiones ya mencionadas. Para calificar discursivamente un *hacer* que adviene en alguna de las subdimensiones, es importante que sean reconocidos su *dirección*, el *intervalo* recorrido y su *ímpetu*. Antes de proseguir, quisiéramos indicar que, por azar, hemos encontrado una tripartición similar en Binswanger: “la forma espacial que hasta ahora hemos abordado ha sido caracterizada mediante la *dirección*, la *posición* y el *movimiento*<sup>5</sup>.” Esta convergencia no es sorprendente, sobre todo

---

5 L. Binswanger. *Le problème de l'espace en psychopathologie*. Tolosa: Le Mirail, 1998, p. 79 (subrayado nuestro. C.Z.).

cuando se reconoce la deuda que Merleau-Ponty tenía con los psicólogos, entre los que se contaba a Binswanger. Pero, para nosotros, no se trata de espacializar –inductivamente– la significación, sino de semiotizar el espacio.

Como cualquier inventario, la tripartición es ciega. En primer lugar, la dirección y la posición son presuponentes, y el ímpetu, el presupuesto. Hemos adoptado el término *forema* para indicar que los presuponentes son deudores de su presupuesto. La primacía del ímpetu concuerda con otros dos datos: por una parte, el predominio del experimentar sobre el actuar; por la otra, la rección, que hemos decretado, de la extensidad por parte de la intensidad. En segundo lugar, pero desde otra perspectiva, la dirección aventaja a la posición y al ímpetu, lo que sucede cuando el actuar se libera de la autoridad del experimentar con el propósito de satisfacerlo, de colmarlo. Con ello abordamos la cuestión del sujeto, pero con la condición de pensar al sujeto en términos de deformación, ajuste y concordancia.

Desde al punto de vista epistemológico *stricto sensu*, la *valencia* es identificada como la “intersección” de *un* forema y de *una* subdimensión. Dicho sea de paso, si como lo indica Hjelmslev en los *Prolegómenos*, las “buenas” definiciones son “divisiones”, esto se debe a que las magnitudes semióticas del plano del contenido son *complejas*: complejidad inherente a cualquier *intersección*. Las características *a priori* de las valencias son precisamente las que les permiten circular y “comunicarse” unas con otras, medirse unas a otras dentro del discurso y, con ello, asegurar el ir y venir indispensable entre las localidades y la globalidad. Esta doble lógica de la complejidad y de la intersección, al ser llevada metódicamente, *produce doce parejas* de valencias, en las que intervienen los tres foremas y las cuatro subdimensiones (ver cuadro página siguiente).

Describiremos brevemente las valencias retenidas para cada subdimensión. Para el *tempo*, la dirección tiene como dilema la pareja: ¿aceleración o desaceleración? Frecuentemente se escucha decir que nuestra época conoce una aceleración sin precedentes debido al auge técnico pero, si bien el hecho es innegable, su

<i>Dimensiones y Subdimensiones</i>	intensidad rectora		extensidad regida	
	tempo ↓	tonicidad ↓	temporalidad ↓	espacialidad ↓
<i>Foremas</i>				
la dirección →	aceleración vs. desaceleración	tonalización vs. atonización	mira vs. captación	apertura vs. cierre
la posición →	adelantamiento vs. retardo	superioridad vs. inferioridad	anterioridad vs. posterioridad	exterioridad vs. interioridad
el ímpetu →	velocidad vs. lentitud	tonicidad vs. atonía	brevedad vs. longevidad	reposo vs. desplazamiento

explicación parece frágil, ya que el paso del arte renacentista al barroco, de acuerdo a los análisis de Wölfflin, también se caracterizó por una aceleración notable; este señalamiento también es válido para algunas épocas en música. Con respecto a la posición, las diferencias de *tempo*, las asincronías generan adelantamiento y retrasos desde el punto de vista objetal; desde el punto de vista subjetal crean precursores y retardatarios, lo que proporciona a los historiadores algunas de sus categorías. Por último, con respecto al ímpetu, la aceleración como proceso supone una cierta vivacidad de parte del actante, una energía que supera resistencias y obstáculos.

Pasemos a la tonicidad, término tomado de la prosodia en el plano de la expresión, y a la retórica topológica en el plano del contenido. El dilema fundamental se plantea entre tonificación y atonización –reconocemos que estas denominaciones son tomadas de Bachelard–; a la primera corresponde la acentuación, la atribución del invaluable “acento de sentido” (Cassirer); a la segunda corresponde el debilitamiento. En este breviario no abordaremos la cuestión de la ambivalencia y de la reversibilidad del crecimiento y del decrecimiento: las cantidades negativas son también suscepti-

bles de incremento o de disminución: ¿no es verdad que una disminución de la tonicidad se traduce “mecánicamente” en un aumento de la atonía? De modo que la positividad se refiere tanto al crecimiento como al decrecimiento: por ejemplo, en el pensamiento religioso hindú, lo que tiene sentido, junto con el “principio del nirvana”, es el crecimiento de la atonía. Para un occidental, siempre en busca de “entretenimientos”, esto constituye un “vacío” insoportable; mientras que para el universo hindú de discurso es un “clímax” deseable en la medida en que, para quienes los viven, los estados contemplativos son estados de plenitud. En lo que se refiere a la posición, la tonificación y la atonización generan, en virtud de los *más y de los menos*, distancias diferenciales orientadas; cuando el punto de vista, es decir, el discurso, selecciona al *más de más*, hablamos de superioridad y, cuando prevalece el *más de menos*, hablamos de inferioridad. Por último, con respecto al ímpetu, la tonificación exige la garantía de una reserva que autorice la continuidad del *hacer* y su anticipación; la *tonicidad*, al igual que la atonización remite a la *atonía*, que concibe como un “hoyo negro” en cuyo interior la energía se pierde y se consume.

Desde el punto de vista tensivo, la temporalidad es una categoría “como cualquier otra”, es decir, es analizable. De ahí que sea necesario distanciarse primero (i) de la consigna de los años sesenta, que afirmaba que “las estructuras eran acrónicas” y que la temporalidad sólo era un ornamento, una concesión al antropomorfismo; (ii) de cierta tradición que, basada en San Agustín, aseguraba: “conozco el tiempo si no pienso en él, pero lo desconozco si intento pensarlo...” Nuestra aproximación es más razonable: mientras no sea demostrado que la temporalidad es una excepción, una singularidad, una anomalía, consideraremos que los *foremas* determinan una flexión temporal “ni peor ni mejor” que las otras tres. El *forema* direccional discrimina, por una parte, la *captación*, la retención, la potencialización de lo advenido; por la otra, la *mira*, la protensión, la actualización del porvenir o, dicho en palabras de Valéry, el palpitar recurrente del “ya” y del “todavía no”; estas valencias son “vivencias de significación” (Cassirer) que se ordenan mediante relaciones de anterioridad y posterioridad que dan lugar a cronologías es-

trictas o laxas. Como Lévi-Strauss mostró, en su polémica con Sartre, una cronología evalúa una velocidad, un ritmo, una textura; una cronología es un tejido de malla variable; parece ser deseable que se distinga entre la forma científica de la historiografía y la forma semiótica que recae en la historia como disciplina interpretativa. En efecto, no toda anterioridad es significativa: hay las que son interrogativas cuando se determina que dos acontecimientos dados pertenecen a la *misma* temporalidad. Al respecto, es claro que el psicoanálisis opta por una temporalidad continua, en la que los *después* siguen dependiendo estrechamente de los *antes*, es decir, de lo que sobrevino en la infancia temprana. Pero es la proyección del forema de ímpetu, el que permite la apropiación práctica, pragmática, de la temporalidad por parte de los sujetos: ciertas, indudables, la *brevedad* y la *longevidad* miden la duración y son convencionalmente dejadas a nuestra discreción. Sin duda, jamás pondremos fin al debate sobre el tiempo, pero esta ignorancia no tiene importancia y permanece ajena al uso, al “empleo” del tiempo, tal como aparece en la espera, la paciencia o la impaciencia, que son las pasiones comunes del tiempo.

La espacialidad, sin duda por tener un lugar preponderante en nuestro universo de discurso, es recibida mejor. El forema de la dirección distingue no tanto las orientaciones geográficas, sino lo que yace antes de esas orientaciones, la tensión entre lo *abierto* y lo *cerrado*, que permite al sujeto formular, por una parte, programas elementales de penetración y, por la otra, programas de salida, de escape, en función de la tonicidad del entorno. A partir de la obra de los escritores, sobre todo de los poetas, geógrafos del imaginario, G. Bachelard ha dicho, en *La poética del espacio*, todo lo que podía decirse sobre ese tema. Las figuras de lo abierto y de lo cerrado se encuentran en relación de simetría: la presencia de al menos un cierre, una bolsa, una oclusión, ... establece, como tal, la apertura. Igualmente, el forema de posición, que distingue lo *interior* de lo *exterior*, presupone en “algún lugar” la existencia de un cierre. Al igual que para la temporalidad, es preciso determinar si dos magnitudes pertenecen o no al mismo espacio. El forema del ímpetu establece el contraste entre la *inmovilidad* y el *movimien-*

to, del lugar y del desplazamiento, estigmatizado por Baudelaire en *Los búhos*. Este forema es susceptible de ser resuelto como el sincretismo de la potencia y de la inercia, el cerco mental en donde se miden mutuamente.

En la medida en que son términos para el significante, complejos para el significado, estas valencias son funciones, funcionamientos; son gramaticales en sentido estricto porque son intersecciones homólogas de aquéllas que son propuestas en las gramáticas; así, en francés, el adjetivo posesivo *son* es, desde el punto de vista del poseedor, una tercera persona y, desde el punto de vista de la cosa poseída, masculino y singular. El formalismo de las subvalencias es del mismo tenor, quizá con un poco más de sofisticación: la subvalencia de la inmovilidad tiene, como “armónicas” o subvalencias de fondo, la *longevidad* o, si se quiere, la permanencia, la *atonía* y la *lentitud* paroxística de la detención. En resumen, las subvalencias intervienen conjuntamente, de acuerdo al modelo de la sinfonía, más que el de la sonata. Si apelamos a Claudel, semiotista desconocido:

Con un solo rasguño la campana de Nara se pone a gruñir y a resonar. [...] El alma entera se conmueve en las profundidades superpuestas de su inteligencia<sup>6</sup>.

Una tarea del léxico consiste en permitir, en función de esta solidaridad de la estructura, la selección de aquella subvalencia que concuerde con el *topos* desarrollado por el discurso. Esta profundidad de la valencia se encuentra presente en las lenguas, si prestamos oído a ella: de modo que, en francés, si se toma en cuenta su orden canónico de aparición en el discurso, el artículo indefinido y el artículo definido también se oponen, quizá ante todo se oponen, como lo que sobreviene a lo que ha sucedido. Sin embargo, dado que la dimensión del sobrevenir no es tomada en cuenta, este esbozo de declinación tensiva permanece ignorado.

La red aquí propuesta atribuye a cada subvalencia una dirección, pero la constitución de la red se encuentra en el fundamento de otras dos propiedades estructurales: (i) la rección de las subdi-

---

6 P. Claudel. “La philosophie du livre”, en *Œuvres en pros*. París: Gallimard/La Pléiade, 1965, p. 73.

menciones por parte del mismo forema es *homogeneizante*, como sucede en la lengua, en donde la serie *défaire, découdre, détacher, décomposer, décharger...* (esp. deshacer, descoser, despegar, descomponer, descargar), atrae todo término que conlleve la idea de “alejamiento, separación, privación de un estado o de una acción” (Le Grand Robert), aun si, como en el caso de *déchirer* (esp. desgarrar), la sílaba *dé-* no remite al prefijo latino *dis-*; con respecto a las “relaciones asociativas”, Saussure mostró, en el *CLG*, que la lengua no era muy puntillosa al respecto; (ii) la conmutación de los foremas dentro de una misma subdimensión es *diferenciante*, comparable a un análisis espectral: la subdimensión cambia de sesgo o de aspecto (en la acepción genérica del término) en función del forema elegido.

### 3. FISONOMÍA DE LAS ESTRUCTURAS ELEMENTALES

Si dejamos de lado al psicoanálisis, al Valéry de los *Cuadernos*, los capítulos que Cassirer dedicó al “fenómeno de la expresión” en *La filosofía de las formas simbólicas*, por supuesto a Nietzsche y a algunos otros, la afectividad es considerada desdeñable por unos y, por otros, más clarividentes, embarazosa, como si la cuestión de *por dónde abordarla* agotara la problemática. El alejamiento de la lingüística con respecto a la retórica operó en el mismo sentido. No faltan agudas monografías sobre tal o cual afecto o pasión; sin embargo, aún hace falta una analítica *a priori* de lo sensible que concuerde con los avances de la semiótica. De ninguna manera pretendemos decir aquí la última palabra, buscamos simplemente indicar las categorías que consideramos debe tomar en cuenta una analítica razonada del afecto, aunadas a la red de los doce pares de subvalencias aquí presentada, sobre todo porque las valencias son formas del plano de la expresión y, los afectos, formas del plano del contenido.

#### 3.1. ANALÍTICA DE LO SENSIBLE

El primer punto a tratar es un recordatorio de que el estructuralismo se empantanó en los términos, sin alcanzar a concebir las propiedades en sí mismas de la relación. Ya hemos mencionado dos

puntos: que, por ser complejos, los términos son en primer lugar definibles y que son el resultado de una intersección bi- o multidimensional. Es necesario avanzar ahora un poco más y formular los rudimentos de una *semiótica del intervalo*. La diferencia saussuriana ha sido concebida, como si fuera evidente, en términos de contrariedad y de contradicción, aunque no todo contrario se vale: al leer a Bachelard en *La dialéctica de la duración*: “es posible invocar dos casos, en función de si los contrarios se erigen a partir de una hostilidad decisiva o si nos encontramos frente a una contrariedad mínima<sup>7</sup>.” Distinguimos los subcontrarios tónicos y distantes de los subcontrarios átonos y cercanos, perteneciendo la tonicidad al plano del contenido y, la distancia, al de la expresión. Para aligerar la presentación, es necesario hacer algunas precisiones terminológicas. Sea un gradiente que va de [s1] a [s4] y que marca una pausa en [s2] y en [s3], [s1] y [s4] intervienen como sobrecontrarios y [s2] y [s3], como subcontrarios (Sapir):

S <sub>1</sub> ↓	S <sub>2</sub> ↓	S <sub>3</sub> ↓	S <sub>4</sub> ↓
subcontrario	subcontrario	subcontrario	sobrecontrario

Conforme a la herencia hjelmsleviana, esta es una estructura mínima, ya que [s1] y [s4] se oponen a [s2] y [s3], al tiempo que se oponen entre ellos. Pero, de acuerdo a la perspectiva semiótica del intervalo, lo esencial se encuentra en otra parte: desde el punto de vista tensivo, disponemos de dos intervalos netos, el intervalo mayor [s<sub>1</sub> ↔ s<sub>4</sub>] y el intervalo menor [s<sub>2</sub> ↔ s<sub>3</sub>]. Previengamos una objeción aparentemente legítima: ¿por qué privilegiar estos dos intervalos por encima de [s<sub>1</sub> ↔ s<sub>2</sub>] y [s<sub>3</sub> ↔ s<sub>4</sub>]? La solidaridad liga, por encima de su “aborrecimiento mutuo, los extremos [s1] y [s4]; ambos comparten el mismo “desprecio” por los términos medianos

---

<sup>7</sup> G. Bachelard. *La dialectique de la durée*. París, P.U.F., 1993, p. 144: en la página siguiente, Bachelard menciona los “contrarios [...] menos lejanos, menos hostiles.”



[s<sub>2</sub>] y [s<sub>3</sub>]; la misma hipótesis aparece en Goethe en su *Tratado de los Colores*: “El ojo no puede ni quiere mantenerse un solo momento en el estado uniforme específicamente determinado por el objeto. Una tendencia a una suerte de antagonismo lo obliga y, al oponer un extremo al otro, un intermediario a otro, reúne instantáneamente los contrarios y se esfuerza en constituir una totalidad, lo mismo cuando los fenómenos son sucesivos que cuando coexisten en el tiempo o en el espacio<sup>8</sup>.” Esta estructura mínima tiene similitudes con la cuarteta de rimas abrazadas “a la francesa” que, por una parte, rima los versos extremos y, por la otra, los versos internos. Al ser la semiosis omnipresente, la serie [s<sub>1</sub> — s<sub>2</sub> — s<sub>3</sub> — s<sub>4</sub>] es susceptible de ser aceptada como plano de la expresión y la alternancia [[s<sub>1</sub> ↔ s<sub>2</sub>] vs [s<sub>3</sub> ↔ s<sub>4</sub>]], como plano del contenido. Este dispositivo dista mucho de instaurarse a expensas de la complejidad: si un análisis selecciona n términos, el número de términos complejos que son realizables será inferior en una unidad [n – 1] e incluye como posibilidades [s<sub>1</sub> + s<sub>2</sub>], [s<sub>2</sub> + s<sub>3</sub>] y [s<sub>3</sub> + s<sub>4</sub>].

Sólo pedimos una cosa al dispositivo: la desigualdad entre los dos intervalos mencionados. Es decir, el intervalo de los subcontrarios [s<sub>2</sub> ↔ s<sub>3</sub>] permanece dentro del intervalo de sobrecontrarios [s<sub>1</sub> ↔ s<sub>4</sub>], porque de esta desigualdad elemental deducimos dos formas-afecto notables: (i) la *carencia*, que no es más que el término final de la proyección del intervalo [s<sub>1</sub> ↔ s<sub>4</sub>] sobre el intervalo [s<sub>2</sub> ↔ s<sub>3</sub>]; (ii) a la inversa, el *exceso*, que no es más que el término de la proyección del intervalo [s<sub>2</sub> ↔ s<sub>3</sub>] sobre el intervalo [s<sub>1</sub> ↔ s<sub>4</sub>]. Dicho en otros términos, los intervalos actúan doblemente: como término regido y como función rectora, como evaluado y como evaluador. De ahí se deducen varias consecuencias: la carencia, central para el psicoanálisis y la narratología greimasiana, deja de ser una magnitud huérfana, puesto que recibe de pleno derecho su correlato paradigmático; el exceso, cuya discursivización se encuentra, desde Longin hasta Michaux, en el corazón mismo de la retórica, bajo el nombre de lo *sublime*; desde el punto de vista teórico, nos vemos súbitamente en presencia de lo que sería preciso llamar,

---

8 J.W. Goethe. *Traité des couleurs*. París: Triades, 2000, p. 104.

siguiendo las enseñanzas de Greimas, la *ilusión sémica*: aun cuando la fenomenología y psicología de la percepción no nos llevaran por esa vía, los semas deberían ser considerados significantes cómodos —comparten su rusticidad y robustez, pero no significados—; desde el punto de vista del contenido sólo existirían puntos de vista provisionales, operaciones de proyección, aplicaciones, perspectivas recíprocas, ... ilusiones. Seguramente la epistemología de la semiótica deberá adaptarse, erradicar el positivismo renaciente, en la medida en que sus catálisis no se refieren a las magnitudes, sino a operaciones relativamente inéditas. La fuerza de la consigna saussuriana: “la lengua es una forma y no una sustancia” permanece intacta.

Conviene añadir a este primer grupo de intervalos, que proporciona una identidad no equívoca a cada valencia, una característica que responde a nuestro segundo postulado, el cual sostiene que un devenir, “tarde o temprano”, procede por aumento o disminución, por ascendencia o decadencia; en efecto, si fuera necesario imaginar las valencias, éstas serían vectores, más que unidades o segmentos de un listón, serían participios pasados más que participios presentes. Las valencias son secuencias de procesos. Las categorías aspectuales de que disponemos se apegan al estado de avance del proceso, pero hacen caso omiso de su orientación tensiva: ascendente o decadente. Por otra parte, la aspectualidad lingüística sufre una doble restricción: (i) privilegia al verbo e ignora la notable labor de análisis *vertido* en otras regiones del léxico; (ii) en su sentido restrictivo, se interesa en el grado de completud o incompletud del proceso: de hecho, la incoatividad sólo aparece con la tripartición.

Las condiciones que es preciso cumplir son sencillas: (i) la aspectualidad debe distribuirse equitativamente sobre el conjunto del devenir y ser capaz de caracterizar, en cualquier momento, algún instante de ese devenir; (ii) debe ser respetuosa de la insuperable *ambivalencia* del sentido y reconocer, por ejemplo, que la tonicidad creciente *también* es susceptible de ser descrita como atonía decreciente, así como también es posible expresar una atonía creciente como una tonicidad decreciente. Bajo esta perspectiva, hemos propuesto en otro lugar un juego de categorías aspectuales,

cuyas características son las siguientes: (i) le deben más a la retórica, al espíritu de la retórica, que a la lingüística, lo cual es de conformidad, ya que la retórica tiene como objeto al discurso, e incluso a la vehemencia del discurso, además de que el discurso permanece siempre fuera del alcance de una lingüística que, pusilánime, permanece en el ámbito de la frase; (ii) esas categorías aspectuales son *generales*, es decir, independientes de todo contenido y, por ello, a semejanza del *número*, se aplican a todas las magnitudes sin que ninguna sea capaz de pretender seriamente escapar al devenir.

Una vez que se ha aprovechado la desigualdad capital entre los intervalos “homotéticos”  $[s_1 \Leftrightarrow s_4]$  y  $[s_2 \Leftrightarrow s_3]$ , es preciso abordar ahora los intervalos sucesivos, que permiten situar al devenir ascendente o decadente de tal o cual valencia en el discurso, lo cual supone precisar aquello que sucede cuando una valencia “sale” del intervalo  $[s_1 \Leftrightarrow s_4]$  para entrar en el intervalo  $[s_2 \Leftrightarrow s_3]$  y recíprocamente. Seguramente nuestra intervención es “arbitraria”, de acuerdo con el término empleado por Hjelmslev en los *Prolegómenos*, pero creemos de buena fe que adoptamos la convención más sencilla: (i) cuando  $[s_1]$  es planteado como valencia *paroxística*, llamaremos *atenuación* al intervalo  $[s_1 + s_2]$  y *merma* al intervalo  $[s_3 + s_4]$ , para oponer a la decadencia consigo misma; mediante la recursividad, debería ser posible alcanzar el “infinito pequeño”, tan caro a Pascal; (ii) cuando  $[s_4]$  es planteado como una valencia nula, su nulidad exige una denegación, es decir, exige que el intervalo  $[s_4 + s_3]$  sea recorrido, lo que llamamos un *repunte*, el cual disjunta del “no-ser”, es decir, del tedio; cierto es que el discurso pudiera permanecer ahí, pero también puede ir más allá de  $[s_3]$ : en consecuencia, aceptaremos que al repunte le sigue el *redoblamiento* que se instala en el intervalo  $[s_3 + s_4]$ . Estas categorías interdefinidas le deben más a la retórica y la poética, por ejemplo, a la poética de Rimbaud, que en sus mejores momentos es una poética del repunte y del redoblamiento. Pero, insistimos en que la retórica “siente” mejor las singularidades del discurso que la lingüística. Para afirmar estas ideas, diremos que, en el análisis de *Los Gatos*, de Baudelaire, que realizaron Jakobson y Lévi-Strauss, es notorio que “lo” lingüístico sirve –¡únicamente!– como plano de la expresión y

“lo” retórico, como plano del contenido, sobre todo al final. Tendremos, entonces:

decadencia → [ $s_1 \leftrightarrow s_4$ ]	atenuación • de $s_1$ a $s_2$ merma • de $s_3$ a $s_4$
ascendencia → [ $s_4 \leftrightarrow s_1$ ]	repunte • de $s_4$ a $s_3$ redoblamiento • de $s_2$ a $s_1$

Tomando en cuenta los límites del presente ensayo, no abordaremos los derivados subsecuentes, los cuales o bien conjugan un límite y un grado para las dos orientaciones, [ $s_1 \leftrightarrow s_2$ ], o bien dos grados, [ $s_2 \leftrightarrow s_3$ ], o un grado y un límite, [ $s_3 \leftrightarrow s_4$ ]. El paradigma integrado, es decir, la morfología propia de la contrariedad y de la sintaxis tensiva del devenir, adopta la siguiente forma:

$s_1$ ↓	$s_2$ ↓	$s_3$ ↓	$s_4$ ↓
sobrecontrario	subcontrario	subcontrario	sobrecontrario
atenuación		merma	
		→	
redoblamiento		repunte	
		←	

Las categorías aspectuales garantizan la *homogeneidad* del sistema, ya que las propiedades generales de este último, a saber: su orientación ascendente o decadente y su “analizabilidad” se convierten en formas locales que asignan a cada subvalencia una dirección tensiva y una identidad precisa.

### 3.2. DECLINACIÓN DE LAS SUBDIMENSIONES

La lógica de la “intersección” y de la red conduce a determinar cada forma incluido en cada una de las cuatro categorías aspectuales y, puesto que involucra una subdimensión, a considerar al producto de esta rección como una subvalencia; dado que, por una parte, las denominaciones funcionan como detenciones y ama-

res y, por la otra, como un medio de intercambio entre los sujetos, conviene nombrar este universo de sentido variable, inestable y provisional. Las denominaciones propuestas son pasajeras y, por lo tanto, perfectibles, y son susceptibles de ser tributarias de una pancronía que –de acuerdo a Hölderlin, a Brøndal y a algunos otros, aunque por diversas razones– alteraría la exactitud del equilibrio entre la expresión de la intensidad y de la extensidad y, en consecuencia, llevaría a las lenguas hacia una abstracción simbólica descarnada. No es nuestra intención abordar este tema.

El entrecruzamiento mental de los tres foremas por las cuatro categorías aspectuales elementales produce mecánicamente doce subvalencias en cada dimensión. Las mostramos aquí sin más preámbulo:

El *tempo*:

<i>aspecto</i>	merma ↓	atenuación ↓	repunte ↓	redoblamiento ↓
<i>foremas</i>				
<i>dirección</i>	“rezago” [≈ ir muy lentamente]	frenado	aceleración	precipitación
<i>posición</i>	anacronismo	retraso	avance	precocidad
<i>ímpetu</i>	inercia	lentitud	velocidad	rapidez

La tonicidad:

<i>aspecto</i>	merma ↓	atenuación ↓	repunte ↓	redoblamiento ↓
<i>foremas</i>				
<i>dirección</i>	extenuación	atonización	tonificación	desenfreno
<i>posición</i>	nulo	inferior	superior	excesivo
<i>ímpetu</i>	estado	quietud	movimiento	improviso

## La temporalidad:

	merma ↓	atenuación ↓	repunte ↓	redoblamiento ↓
	retrospección	captación	mira	anticipación
	caduco	anterior	posterior	inmortal
	efímero	breve	largo	eterno

## La espacialidad:

<i>aspecto</i>	merma ↓	atenuación ↓	repunte ↓	redoblamiento ↓
<i>foremas</i>				
<i>dirección</i>	hermético	cerrado	abierto	abierto desmesuradamente <sup>9</sup>
<i>posición</i>	extraño	exterior	interior	íntimo
<i>ímpetu</i>	fijeza	quietud	desplazamiento	ubicuidad

¿Cómo validar el contenido semiótico de estas magnitudes que, por tener el doble estatuto de lexemas y figuras, se encuentran a mitad de camino entre la lingüística y la retórica? Jakobson mostró que la función metalingüística no era exclusiva de los doctos, sino que era inmanente a la práctica inmediata de la lengua: que los sujetos recurrían a la definición, a la restricción o a la extensión, a la precisión o a la suspensión. Pero no mostró, al parecer, la condición objetal de esta actividad metalingüística recurrente. Desde nuestro punto de vista, esta condición se apoya en el hecho de que los lexemas son susceptibles de ser definidos en la medida en que son analizables, porque son todo aquello que pueden ser, es decir, que

<sup>9</sup> Fr., *béant*: la desmesura supone que no es posible cerrar la abertura. Ver *infla*, [N del T].

no son más que... *análisis* a cargo de un significante en sí mismo no conforme; de esta manera, el significado del pronombre personal /tú/ comprende tres magnitudes de contenido: una indicación de número, una de persona y una de nominativo, aunque las dos magnitudes de la expresión [t-u] no remitan “analíticamente” a las tres magnitudes del contenido. Los lexemas no funcionan distinto y las definiciones de diccionario, a las que la cantidad de magnitudes ponen en apuros, analizan intuitivamente –y con pertinencia– los lexemas en términos de subvalencias pero caso por caso, si es posible decirlo así. Sólo daremos un ejemplo, que corresponde a la primera subvalencia de la primera red: el “rezago” (fr. *traîner*), cuya denominación es cuestionable puesto que hace falta el sustantivo correspondiente<sup>10</sup>, ya sea que esta laguna sea responsabilidad nuestra o que sea preciso atribuirle a lo que Mallarmé llamaba la imperfección de las lenguas. El Micro-Robert propone –quisiéramos decir: poéticamente– “*traïnasser*” y “*traïnaller*” [formas peyorativas de *traîner*. N. del T.], de los que hablaremos más adelante.

De acuerdo al Micro-Robert, el sentido intransitivo de “*traîner*” admite las cuatro direcciones tensivas previstas. En cuanto a la intensidad: (i) una indicación de *tempo*, en este caso de merma de la velocidad: 6° “Ir muy lentamente, retrasarse. *Ne traîne pas en rentrant de l'école* (No remolonea al regresar de la escuela), actuar muy lentamente. *Le travail presse. Il ne s'agit pas de traîner* (El trabajo urge. No hay que entretenerse).” (ii) una indicación de *tonicidad* decadente, de la que no sabemos indicar si se trata de una atenuación o una merma: 7° “Peyorativo. Ir sin rumbo o permanecer mucho tiempo (en un lugar poco recomendable o poco interesante). V. Errar, vagabundear. *Traîner dans les rues* (Andar callejeando).” En cuanto a la extensidad: (i) una indicación temporal de *duración* bajo el signo del redoblamiento: “3° Encontrarse, subsistir. *Les vieilles notions qui traînent dans les livres scolaires* (Las viejas nociones que subsisten en los libros escolares.)” Durar demasiado, no acabar nunca. *Cela traîne en longueur* (Esto no se

---

10 La dificultad señalada por Zilberberg no se produce en español, puesto que tenemos tanto la forma verbal “rezagarse”, como su correspondiente forma nominal “rezago” [N. del T.]

acaba). V. *Eternizar.*”; (ii) una indicación espacial de *descanso*<sup>11</sup>. Estar tirado en el piso. *Vos lacets traînent par terre* (Sus agujetas se arrastran en el piso). 2º No estar guardado en su lugar. *Des vêtements qui traînent sur une chaise* (La ropa echada sobre una silla).” La coherencia y la flexibilidad de la red resuelven la divergencia de las “variedades”. Con estas indicaciones previas, es posible comprender que Valéry haya podido escribir, sin que sepamos si se alegraba de ello o lo lamentaba: “Todo está predicho por el diccionario.<sup>12</sup>” Dentro de los límites de este breviarío nos hemos propuesto mostrar que el modelo de las valencias estaba justamente *ahí*, inmanente, eficaz y sugerente, pero queda claro que las definiciones citadas conllevan otras magnitudes de contenido: unas actanciales y actoriales, otras axiológicas, como es la oposición entre “la calle” y “la escuela”... Los dos derivados peyorativos “*traînasser*” y “*traînailer*” no se encuentran fuera del sistema, sino más bien en su centro mismo, ya que remiten a la subvalencia de *tempo* y manifiestan, mediante el adverbio “muy”, un subcontrario como un sobrecontrario. Hay que señalar que, puesto que el modelo de las valencias subraya una doble sobredeterminación –de la temporalidad por el tempo y de la espacialidad por la tonicidad–, nos encontramos, desde el punto de vista tensivo, frente a un inventario. El Micro-Robert realiza tácitamente esta doble operación al asociar “ir muy lentamente” con “retrasarse”, como si esto fuera evidente, como si el contenido de *lentitud excesiva* tuviera como plano del contenido el *retraso*, lo que confirmaría que la semiosis es ininterrumpida.

#### 4. LA SINTAXIS DISCURSIVA

A pesar de su evolución, la epistemología de la semiótica sigue siendo ampliamente deudora de las enseñanzas de Hjelmslev. Prestaremos atención a dos puntos: la relación entre sistema y proceso, que forma parte de los “cinco rasgos fundamentales [...] (de) la estructura fundamental de toda lengua” y el proyecto confeso de

---

<sup>11</sup> Ver *supra*, en el cuadro de las declinaciones espaciales, el término *quietud* (fr. *repos*) [N. del T.]

<sup>12</sup> P. Valéry. *Cahiers*, tomo 1. París: Gallimard/La Pléiade, 1973, p. 394.



“socavar la base de la bifurcación tradicional de la lingüística en morfología y sintaxis”<sup>13</sup>. Entre estas dos direcciones epistemológicas aparece una tensión: por una parte, consolidar la diferencia entre sistema y proceso, por la otra, disminuirla. Sin entrar en los detalles necesarios, tenemos la impresión de que los actores que asumen esas tareas no son exactamente los mismos, en el sentido de que sería el teórico “Hjelmslev” quien asumiera la primera y el lingüista “Hjelmslev”, la segunda. Subsiste el hecho de que las dos exigencias no se sitúan completamente en el mismo plano y que la moderación de una diferencia presupone su reconocimiento. La mediación entre morfología y sintaxis será primero objeto de investigación para la intensidad y, después, para la extensidad.

#### 4.1. LA SINTAXIS INTENSIVA

A propósito de la definición semiótica del objeto, Greimas insiste en “la ausencia de cualquier otra determinación previa [del objeto], que no sea su relación con el sujeto.” Es posible decir lo mismo, o en primer lugar, del afecto y de la valencia que lo identifica desde el punto de vista cognoscitivo y lo mide desde el punto de vista tímico: ¿cómo es posible que lo que afecta y trastorna al sujeto, frecuentemente al sobrevenir, no se sitúe de pleno derecho en el centro del campo discursivo?

Derivado de nuestro segundo postulado, que modaliza lo continuo como ascendente o decadente, hemos retenido el aumento o la disminución, como parte del sistema. Pero ¿en qué se convierten esos primitivos en el proceso? Para Hjelmslev, las relaciones propias del sistema son del orden del “o... o...” y las que son propias del proceso son del orden del “y... y...”, de manera que el proceso *acerca*, con procedimientos que son suyos, lo que el sistema *distan*cia en su propio orden. Dicho esto, es posible introducir una hipótesis relativa a la inflexión tensiva de la sintaxis: los términos del paradigma de base se tornan objetos uno para el otro, es decir, un incremento tiene como *objeto interno* una disminución, al igual que una disminución tiene como *objeto interno* un incremento.

---

13 L. Hjelmslev. *Prolégomènes à une théorie du langage*, op. cit., p. 94.

Este entrelazamiento proporciona a la sintaxis intensiva su razón y su necesidad y la sitúa bajo la modalidad del *prevenir* o del *satisfac*er (fr. *subvenir*), según el caso: si la disminución es probable, el sujeto se propondrá prevenirla; si ya dio inicio, tratará de reabsorber esa carencia que crece.

Para el plano de la expresión, y en el caso de la tonicidad de formulación más sencilla, sería posible contentarse con afirmar que la sintaxis intensiva cultiva el ascenso, la *hipérbole*, pero un examen atento de los grandes discursos muestra que este acercamiento es un tanto miope, puesto que no *capta* el trabajo de socavamiento que realiza una negatividad eficiente y del que mostró la necesidad Deleuze en *Diferencia y repetición*. Si bajo la *mira* la hipóbole incrementa y amplifica, esto se debe a que *capta* el bajo continuo de la decadencia.

Este entrelazamiento se encuentra en el primer rango de los derivados de la ascendencia y de la decadencia. En efecto, las categorías aspectuales se emparejan: (i) la atenuación y el redoblamiento; (ii) la merma y el repunte. Por otra parte, una estructura es susceptible de poner en obra la transitividad y la reflexividad. El primer caso lleva a proyectar cuatro sintagmas elementales que “darán materia” al discurso. En la decadencia: (i) una atenuación tiene un objeto de rechazo y no de búsqueda, de otra manera la merma llevaría hacia la nulidad, hacia el paroxismo de la atonía que el repunte había sobrellevado. De manera simétrica e inversa, en la ascendencia: (i) el repunte afecta a la merma; (ii) el redoblamiento impacta a la atenuación, que se esfuerza por disminuir, para dar a la tonicidad su brillo y su lustre. Para la reflexividad, el sujeto puede llevar un repunte hasta un desdoblamiento, es decir, incrementar un incremento o disminuir una atenuación hasta la merma, es decir, aumentar *todavía más* una disminución.

Las palabras de Cézanne lo confirman: “Para mí, la realización de mis sensaciones siempre es muy penosa. No logro llegar a la intensidad que se desarrolla frente a mis sentidos, no tengo esa magnífica riqueza de color que anima a la naturaleza.”<sup>14</sup> La anota-

---

14 Carta a su hijo, de fecha 13 de octubre de 1906. En *Correspondance*, colección, notas y prefacio de J. Rewald. París: Grasset, 1978, p. 324, citada por

ción de Cézanne plantea un paroxismo: “esa magnífica riqueza de color que anima a la naturaleza”, que funciona como un emisor y transmite, en un primer momento, sin pérdida para un receptor sensible: “la intensidad que se desarrolla frente a mis sentidos”; esta “intensidad” potencializada sufre un proceso de atenuación que exige a Cézanne un desdoblamiento, de cuyo éxito él permanece escéptico: “no logro llegar...” En ese sentido, es posible decir que la inquietud se encuentra en el centro de toda poética exigente.

#### 4.2. LA SINTAXIS EXTENSIVA

La sintaxis extensiva no funciona de manera diferente. Para Cassirer, el “pensamiento mítico” opera al poner en marcha la “división” y la “conexión”, la “*sunagôgê*” y la “*diairésis*”; para Lévi-Strauss, el “pensamiento salvaje” interviene al realizar “totalizaciones” y “destotalizaciones”. Tras las huellas de estos dos procederes antropológicos ejemplares, *Tension et signification*<sup>15</sup> propone tres hipótesis rectoras: (i) si la *medida*, la medida del afecto, para utilizar un pleonasma necesario, es tarea de la intensidad, a la extensidad le corresponde el *número* mismo del mundo y su distribución en clases, que los mitos se esfuerzan por motivar; (ii) cualquiera que sea el género adoptado, el discurso opera mediante *selección*[es] y *mezcla*[s]: estos términos ofrecen la ventaja de servir tanto para los discursos verbales, como para los no verbales, como Greimas lo mostró en su estudio sobre la sopa de albahaca<sup>16</sup>. Las taxonomías y las clasificaciones apreciadas por la antropología aparecen como *selecciones de mezclas* y *mezclas de selecciones*; el carácter recurrente del entreveramiento de estas dos clases de operaciones asombra a Cassirer: “Independientemente de la explicación *específica* que se acepte sobre la significación y origen del totemismo, la posibilidad de esa mezcla de ‘especies’ biológicas y esa total

---

L. Gowing, *Cézanne : La logique des sensations organisées*. París: Macula, 1992, p. 56.

15 J. Fontanille y Cl. Zilberberg. *Tension et signification*. Bruselas: Pierre Mardaga, 1998.

16 A.J. Greimas. “La sopa al pistou o la construcción de un objeto de valor”, en *Del sentido II*. Madrid: Gredos, 1989, pp. 178- 192.

fusión de sus límites naturales y espirituales en la conciencia mítica primitiva –que en otros aspectos se caracteriza por la agudeza con que aprehende todas las distinciones sensibles concretas, todas las diferencias de la forma perceptible– debe estar fundada en alguna tendencia universal de la ‘lógica’ del pensamiento mitológico, en la forma y dirección de su concepción y de su clasificación general”<sup>17</sup>. Al igual que en la gramática intensiva, el incremento y la disminución se convierten uno al otro en objetos, en la gramática tensiva la selección y la mezcla, disjuntos en el sistema, se convierten uno al otro en objetos dentro del proceso: el sujeto semiótico no sabría qué hacer si no seleccionara las mezclas al buscar un valor de absoluto y no mezclara las selecciones al buscar un valor de universo.

Cuando es cuestionada, la ontología de la semiótica es llevada a confesar aunque sea una suma negativa: no existe un antecedente intangible, sólo existen recuerdos creíbles. Las magnitudes circulan, van, vienen y algunas veces regresan, es decir, mediante una operación de selección, son extraídas de una clase dada, en parte razonable y en parte descabellada, y son introducidas en otra clase mediante una operación de mezcla, a veces bienvenida, pero a veces incongruente: tan cierto como que, para el discurso, no se trata de conocer la esencia inmutable de las cosas, sino de establecer, para cada magnitud proyectada en el centro del campo de presencia por las circunstancias, la lista de aquéllas que en un momento dado son compatibles con ella y la lista de las que son incompatibles. El discurso no se orienta hacia la búsqueda de predicados universales, sino hacia el recuento singular de las prohibiciones y de las composiciones prescritas que son eficientes, si no es que oficientes, en tal o cual cultura. De paso, podemos decir que, si la semiótica del discurso se torna consistente, sin duda se verá llevada a modelar la solución de continuidad entre la diacronía y la sincronía, debido a que las estructuras de la sincronía tienen ciertamente una vocación temporal e historizante: “En lingüística, la cues-

---

17 E. Cassirer. *La filosofía de las formas simbólicas*, tomo 2. México: Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 225.

ción se presenta de otro modo: el discurso guarda allí las huellas de las operaciones sintácticas efectuadas anteriormente: [...]”<sup>18</sup>”. En *La filosofía de las formas simbólicas*, Cassirer mostró que la operación canónica de selección esencialmente afecta la delimitación de los ámbitos respectivos de lo *sagrado* y de lo *profano*; nosotros no avanzaremos más sobre el tema porque hemos mostrado en otra parte algunos detalles que retrasan esa circulación<sup>19</sup>. El objeto no es tanto una magnitud como el momento en que una alternancia se torna en coexistencia en la que dos excluidos aceptan tomarse en cuenta.

#### 4.3. LA PUESTA EN DISCURSO

La problemática de la enunciación ha medido el control directo e indirecto que el sujeto enunciante ejercía sobre el enunciado; muchos han subrayado que la catálisis antecede al análisis. Sin embargo, no se ha prestado la misma atención al objeto, como si éste conservara una autonomía y una capacidad de sustraerse a la influencia de las coerciones semióticas. La puesta en discurso de las regulaciones de la gramática tensiva atañen, en primer lugar, al hecho masivo, ininterrumpido del *mejoramiento* y de la *peyoración*; es posible aplicar las palabras de Saussure sobre la silabación a estas dos operaciones discursivas: “es, por así decirlo, el único hecho que [la] fonología pone en juego del comienzo al fin.”<sup>20</sup> El discurso no describe: en todo momento asume una posición y sanciona; es necesaria una convención fuerte, la coerción asumida voluntariamente de un género discursivo, para que el sujeto del discurso se limite a describir lo que cree ver y se abstenga de afirmar su subjetividad, tal como acostumbra aprehenderla.

A reserva de hacer el inventario, el sujeto enfrenta una disyuntiva. La primera asume la sintaxis discursiva y se refiere a la mani-

---

18 A. J. Greimas y J. Courtés. *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos, 1982, p. 98.

19 Cl. Zilberberg. “Les contraintes sémiotiques du métissage”, en *Tangence*, Núm. 64, 4º trimestre, 2000, pp. 8-24.

20 F. de Saussure. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada, 1977, p. 108.

pulación de las estructuras de la contrariedad. Aquí también se ofrecen dos posibilidades: ya sea que el sujeto sustituya el espacio de la subcontrariedad por el de la sobrecontrariedad, y pronuncie con autoridad la *insuficiencia* de las magnitudes admitidas en el campo de presencia; ya sea la inversa, que sustituya el espacio de la sobrecontrariedad por el de la subcontrariedad y, en consecuencia, declare el *exceso*. En la vehemencia del discurso y mediante la recursividad, el sujeto puede llegar a declarar *la insuficiencia del exceso* o *la insuficiencia de la insuficiencia* al transformar, en el primer caso, los límites en grados y, en el segundo, al incluir en el intervalo de los subcontrarios [ $s_2 \Leftrightarrow s_3$ ] un intervalo de menor envergadura. Los valores míticos puestos en discurso son lo *sublime* y lo *mediocre*; debido a la reversibilidad de los puntos de vista, lo sublime asume su propia desmesura y denuncia a lo mediocre como nulo, lo cual no “es”, mientras que lo mediocre descalifica a lo sublime en nombre de la medida y lo califica de ampuloso y grandilocuente, lo cual tampoco “es”. ¿No es cierto que desde siempre la elocuencia vacila entre el aliento y la precisión?

La segunda vía depende de la sintaxis extensiva y es causa de la calificación y la descalificación, las cuales proporcionan al discurso sus tiempos fuertes indispensables. Al afirmar la superioridad intrínseca de las operaciones de selección por encima de las operaciones de mezcla se llega a reiterar la selección, a *seleccionar la selección* ya obtenida para lograr la *pureza*, ya sea del diamante o de sangre, como en la España del siglo *xvi*; bajo todas las acepciones del término, nos encontramos frente a *valores de absoluto*, concentrados y reflexivos. La afirmación inversa, que sitúa a la mezcla por encima de la selección y *mezcla las mezclas*, acepta el carácter plausible de una clase de clases y conduce a la exaltación de los valores de universo, que se difunden y son transitivos. Cada una de estas direcciones axiológicas esconde mal su secreto: profesar valores de absoluto tiene como límite la “nada”, el “vacío”, la irreprochable negatividad de los pronombres negativos indefinidos: *nulo*, *ninguno*, *nadie* y algunos murmurarán: *ni siquiera Dios...* Mientras que la profesión de valores de universo lleva la propagación de las valencias cada vez más lejos y anula, a

pesar suyo, la diferencia, la *moderación* constitutiva del sentido, en una palabra, la tensión propia a toda paradigmática. Un mundo “jansenista” en donde los valores de absoluto no dejaran lugar a los valores de universo sería un mundo de *excluidos*; la configuración inversa, un mundo “jesuítico” en el que los valores de universo no dieran cabida a los valores de absoluto sería un mundo de *incluidos*; el secreto de la política sin duda reside en la delicada dosificación de la exclusión y de la participación que proporciona al “ciudadano” la “tranquilidad de espíritu” que Montesquieu alaba en *El espíritu de las leyes*. Aun cuando la cuestión todavía no es actual, las estructuras políticas son eminentemente, y quizá únicamente, semióticas.

La puesta en práctica del mejoramiento y de la peyoración es más bien responsabilidad de la retórica tropológica, pero la retórica incluye o incluía una faceta argumentativa que Aristóteles estudió magistralmente en su *Retórica*. La reflexión del Filósofo define al discurso por el objetivo utilitario, si no es que práctico, que se da<sup>21</sup> e ignora, por no ser su intención, el ruido del mundo. Nos gustaría mostrar brevemente que la *implicación* convocada por el silogismo y el entimema debe contemporizar con la *concesión*, su denegación, y que la implicación y la concesión requieren la estructura elemental propuesta en 3.1. Por ser fácil de exponer, elegimos la declinación de la dirección espacial:

<i>dirección</i>	hermético	cerrado	abierto	abierto desmesuradamente
------------------	-----------	---------	---------	--------------------------

Este análisis nos proporciona la oposición ingenua entre los dos subcontrarios: lo /abierto/ y lo /cerrado/, que mantenemos como uno de los objetivos posibles para el sujeto que como morfologías estables. También nos proporciona dos oposiciones más “extrañas”: (i) una oposición entre un subcontrario, lo /cerrado/ y un sobrecontrario, lo /hermético/, que se oponen como lo que *se pue-*

---

21 “Por lo tanto, necesariamente hay tres géneros de discurso oratorio: el deliberativo, el judicial y el demostrativo.”, en Aristóteles. *Rhétorique*. París: Le livre de poche, 1996, p. 93.

*de abrir* y lo que *no se puede abrir*; esta tensión prueba, si fuera necesario, la dependencia del espacio con respecto a la tonicidad, la *energeia*: ¿la denegación de lo /hermético/ no exige un gasto superior de energía? (ii) la oposición entre lo /abierto/ y lo /abierto desmesuradamente/ es simétrica e inversa con respecto a la anterior: lo /abierto/ se ofrece como lo que *se puede* cerrar, lo /abierto desmesuradamente/ es aquello que *no se puede* cerrar. Queda claro que estas magnitudes se presentan al sujeto como posibles y no posibles; involucran la veridicción, la intersubjetividad y la potencialización, ya que es fácil catalizar su contenido, sea que pasen como tales o que sean consideradas así.

Una vez planteadas estas premisas, la implicación producirá sintagmas motivados: *cerrar lo abierto* o *abrir lo cerrado*, dado que lo abierto es susceptible de ser cerrado o vuelto a cerrar y lo cerrado es susceptible de ser abierto. Estos rasgos latentes hacen que la argumentación sea superflua. No sucede lo mismo con la concesión, ya que los sintagmas canónicos aferentes son respectivamente: *abrir lo hermético*, es decir, abrir lo que *no se puede* abrir y *cerrar lo abierto desmesuradamente*, es decir cerrar lo que *no se puede* cerrar. La concesión, que las gramáticas definen como “causalidad inoperante”, muestra aquí sus méritos: la puesta en discurso de la concesión opone lo no realizable a la realización advenida: *¡aunque el dispositivo sea hermético, lo abro!* y *¡aunque el dispositivo esté desmesuradamente abierto, lo cierro!* Pasamos súbitamente del orden sombrío de la *regla* al orden tonificante del *suceso*. Por supuesto, los tres géneros discursivos que Aristóteles contempla son susceptibles de una performance concesiva de modo que, a manera de ejemplo, el gran abogado del imaginario cotidiano es el de las causas desesperadas, el que sabe y se atreve a darle la vuelta a los *porqués* de la acusación para transformarlos en *aunques* para modificar la imagen que tiene el jurado del acusado y actuar en provecho de este último. En pocas palabras, los subcontrarios se inscriben en el discurso al convocar la implicación, mientras que los sobrecontrarios lo hacen al movilizar la concesión. Es posible tratar todas las estructuras elementales susceptibles de ser planteadas a partir de la concesión. Contra



la objeción apresurada que supone masiva –y para algunos aburrida– la implicación y escasa la concesión, respondemos que la concesión se convierte en exclamación y entramos en el orden discontinuo del suceso.

##### 5. HACIA UNA SEMIÓTICA DEL SUCESO

No es preciso esforzarse mucho para poner en evidencia la latencia discursiva de la concesión. En el quinto capítulo de los *Prolegómenos*, Hjelmslev indica que “una teoría, en el sentido que empleamos, es por sí misma independiente de toda experiencia” y añade que “una teoría introduce ciertas premisas acerca de las cuales el teórico sabe, por experiencias anteriores, que cumplen las condiciones de aplicación a ciertos datos empíricos<sup>22</sup>.” Hasta ahora hemos abordado la arbitrariedad de la teoría, pero si el suceso es uno de los datos capitales de la experiencia –lo que parece difícil de rebatir seriamente–, podemos considerar la adecuación de la teoría.

Para la epistemología de la semiótica tensiva, la descripción de una magnitud sólo es posible a partir de su inmersión en el espacio tensivo; la cuestión se plantea por sí misma: ¿cuáles son las dinámicas intensivas –el *tempo* y la tonicidad– y las dinámicas extensivas –la temporalidad y la espacialidad– que el suceso hace *vibrar* (si se nos permite esta expresión)? En la medida en que hemos indicado en 3.2., las valencias plausibles para cada subdimensión, no se trata de descubrirlas sino únicamente de reconocerlas en el discurso.

Para el Micro-Robert, el suceso se define como “aquello que ocurre y que es importante para el hombre”. La primera indicación es más legible que la segunda debido a que es del orden del sobrevenir, de lo súbito, es decir, del *tempo* más vivo que resiente el hombre. La segunda indicación “que es importante para el hombre” se refiere a la tonicidad en la medida en que ésta es la modalidad humana por excelencia, la que establece el estado mismo del sujeto de estado. El sujeto que se instala en el orden razonado, programado y compartido del *lograr* (fr. *parvenir*), es dueño de sus esperas sucesivas y se ve arrojado lejos de las vías que le son

---

22 L. Hjelmslev. *Prolegómenos*, *op. cit.*, p. 28.

propias y proyectado en su devastación, en aquello que Valéry en los *Cuadernos* denomina lo “brusco”:

Todo suceso brusco atañe a todo.

Lo brusco es una manera de propagar.

La penetración de lo inesperado [es] más rápido que la de lo esperado –pero la respuesta de lo esperado [es] más rápida que la de lo inesperado [...]<sup>23</sup>

Como ya sugerimos, el *tempo* y la tonicidad actúan conjuntamente sobre el sujeto, y en este caso lo trastornan, lo cual significa que el *incremento* doble de *tempo* y de tonicidad que sobreviene de imprevisto se traduce en *déficit* para el sujeto, un déficit de compostura, y en una derrota modal instantánea; la tonicidad no se limita a socavar una parte del sujeto, sino que lo afecta en su totalidad. Para esta semiosis fulgurante, cuando el suceso merece su denominación, acapara el actuar y no deja al sujeto más que el sufrir. Desde el punto de vista morfológico y con respecto al afecto, la escansión prevista del repunte y del redoblamiento, que permite al sujeto “ver venir”, prepararse y esperar el apogeo del redoblamiento, no sucede porque el repunte se ve virtualizado y el sujeto se siente “penetrado por lo inesperado”, según los términos empleados por Valéry, lo cual significa que la merma no ha sido antecedida y, por ello, *moderada* por la atenuación. En ambos casos se pasa –sin solución de continuidad, es decir, sin transición ni modulación– de  $[s_1]$  a  $[s_4]$ , de modo tal que es posible afirmar que representa la medida y derrota del sujeto. Si la semiótica ha valorado bien a Propp, en cambio ha desconocido la lección de Aristóteles en la *Poética*, a saber: que el suceso en el plano del contenido y la teatralidad en el de la expresión también son, junto con el “esquema narrativo canónico”, posibles vías del sentido.

Del lado de la extensidad las cosas tampoco son sencillas. La temporalidad se ve fulminada, destruida: el tiempo es (fórmula inigualable) “sacado de sus casillas”. Según Valéry, el tiempo es acumulativo pero negativo y, de esta manera, da pie a un lugar común: la urgencia de recuperar el tiempo perdido. La reparación de la

---

23 P. Valéry. *Cahiers*, tome 1, *op. cit.*, p. 1288.

temporalidad tiene como requisitos el frenado y la atonización, es decir, el retorno a la contención que el suceso había suspendido. El sujeto aspira a recuperar progresivamente el control y el dominio de la duración, a sentir de nuevo la capacidad de plegar el tiempo a su voluntad, es decir, como señalamos en 3.2, a prolongar lo breve y a abreviar lo largo. La espacialidad también se ve maltrecha por el suceso. La escansión de lo abierto y de lo cerrado exige que toda circulación sea virtualizada: lo abierto se ausenta del campo de presencia y sólo se mantiene lo cerrado. ¿No es verdad que un sujeto estupefacto se queda *pasmado*? Se queda inmóvil en un lugar que funcionaría, al menos durante un momento, como un “hoyo negro” que hubiera devorado al entorno.

#### 6. PARA TERMINAR

Sin pretender abusar de una inversión de los genitivos, el discurso de la teoría debe ser a imagen y semejanza de la teoría del discurso. Esto significa dos cosas: (i) desde el punto de vista de la extensidad, si bien la teoría pretende ser, con todo derecho, puesto que es la exigencia de momento, “hipotético deductiva”, en cambio se revela como un montaje, como una receta que recicla y amalgama ingredientes tomados “de aquí y de allá” e intenta al menos sacar el mejor partido de ellos. Al respecto, la semiótica primero abrevó de la lingüística, de la antropología estructural y, después, de la fenomenología, a veces del psicoanálisis, de la “teoría de las catástrofes”, como J. Petitot, pero ignoró a la retórica, en tanto arte del discurso y tesoro de figuras. Sin embargo, queda claro que la retórica tropológica mantiene afinidades con las valencias y las operaciones aquí señaladas: ¿qué hace una metáfora sino mezclar dos magnitudes, a veces a partir de sus morfologías más notorias, a veces a partir de sus características tensivas? (ii) desde el punto de vista de la intensidad, las cosas son más claras: no existen primero las cosas y después las cualidades, sino más bien sobrevenires y surgimientos súbitos, acentos en busca de significantes susceptibles de acogerlos.

En la segunda mitad del XIX, los poetas, con Mallarmé a la cabeza, soñaron con “recuperar para sí los bienes de la Música”. Algu-

nos pintores también soñaron, tras los pasos de Baudelaire, con *musicalizar* la pintura<sup>24</sup>. Pero en la mayoría de las veces, debido a que la problemática no era especificada, se limitaron a hacer analogías imprecisas y sin verdadera consistencia. La cuestión pertinente parece ser la siguiente: ¿es posible llevar, sin daño grave, las “esquizias fundadoras” de una semiótica a otra? Sólo daremos un ejemplo. Nadie negará que la música posee dos caras distintas: la *melodía* y la *armonía*, aun cuando el común de los mortales sólo memoriza y reproduce melodías, siempre y cuando no sean muy extensas. Acercar la melodía al justamente llamado “hilo del discurso” puede evocar lo que Saussure llama, en el *CLG*, “el orden de sucesión”. Pero fuera de la eufonía en el plano de la expresión, de ciertas reglas elementales de la concordancia y respecto de ciertas normas sociolectales por parte del artista, no vemos cómo tomar la armonía como dimensión reguladora del discurso musical. El musicólogo G. Brelet insistió en la complementariedad entre melodía y armonía: “La comprensión melódica no se encuentra del todo en el acto sucesivo de enlace: además del enlace sucesivo, supone el enlace en un conjunto simultáneo, ajeno a la sucesión, que reside en la armonía y sólo depende de ella.”<sup>25</sup> Para Hjeltslev, esta complementariedad y esta asimetría son las mismas que ligan el sistema con el proceso, por lo que proponemos considerar a las cuatro subdimensiones descritas en 3.2 como el equivalente de la armonía en música, bajo reserva de satisfacer las siguientes exigencias: cuidar el *acorde* —en el sentido de Baudelaire— entre las subdimensiones que pertenecen a una misma dimensión: entre el *tempo* y la tonicidad, entre la temporalidad y la espacialidad. Cuidar también el *acorde* entre las subdimensiones pertenecientes a distintas dimensiones: entre el *tempo* y la espacialidad, entre la tonicidad y la espacialidad. Sin embargo, conviene ir aún más lejos: cada uno de los sistemas corresponden a una subdimensión, pre-

---

24 Como Van Gogh: “Este maldito mistral me molesta al momento de hacer que las pinceladas se sostengan y se entrelacen con sentimiento, como una música interpretada con emoción”, citado por N. Grimaldi. *Le soufflé et le lilas*. Fougères: Encre marine, 1995, p. 108.

25 G. Brelet. *Le temps musical*, tome 1. Paris: P.U.F., 1949, p. 180.

sentan una organización que descansa en la “intersección” de un paradigma de puntos de vista: los foremas, con una escala que indique la fase aspectual en que se encuentran. Bajo esta doble base, las armónicas, las rimas motivadas pueden, como si fueran pasarelas, unir un sistema con otro al actuar sobre la identidad del forema o sobre la identidad de la fase aspectual. Indicamos brevemente dos casos: (i) como primera posibilidad, el retraso en la dimensión del *tempo* y la exterioridad en la de la espacialidad concuerdan en su posición; (ii) como segunda posibilidad, la aceleración en la dimensión del *tempo* y la tonificación en la dimensión de la tonicidad, como se puede ver en el arte barroco, concuerdan aspectualmente. Sin embargo, una poética de la disonancia, es decir, una poética del suceso, también es legítima en la medida en que utiliza los mismos datos. Las correspondencias y las disonancias no se establecen entre los términos, sino entre los definientes tensivos que hemos postulado<sup>26</sup>.

*Traducción: Roberto Flores*

PALABRAS CLAVE DEL ARTÍCULO Y DATOS DEL AUTOR

*semiótica - afectividad - sintaxis - sentido - evento*

Claude Zilberberg

CNRS, co-responsable del

Seminario Intersemiótico de París

30 Avenue de Conde

94100 Saint Maur des Fossés, Francia

Tel./fax: (33-1) 48 83 44 33

e mail: claudez@club-internet.fr

---

<sup>26</sup> Algunos aspectos de este ensayo han sido abordados en Cl. Zilberberg. “De l’ affect à la valeur”, en M. Castellana. *Texte et valeur*. París: L’Harmattan, 2001, pp. 43-78, trad. “Del afecto al valor”, en *Fronteras de la semiótica. Homenaje a Desiderio Blanco*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 109-142. También en “Forme, fonction, affect”, en R. Galassi y M. De Michiel. *Louis Hjelmslev, a cent’anni dalla nascita*. Pádua: Circolo Glossematico, Imprimerie, 2001, pp. 79-100.